

ESPAÑA-PORTUGAL

MIENTRAS los socialistas portugueses (Soares, Salgado Zenha) denuncian que la situación de su país se va a "españolizar", la izquierda española teme cada vez más que la política española pueda sufrir un proceso de "portugalización". Cuestiones de óptica. La denuncia socialista portuguesa es bastante concreta: se basa en la sospecha de que Cunha Rego, embajador de Portugal en Madrid, ha quedado fascinado por la "vía española", que consistiría en un poder personal fuerte —el "modelo de la Moncloa": Suárez— capaz de neutralizar el Parlamento y de encerrar a los partidos políticos en una situación sin más salida que la de apoyarse, y limarse uñas y dientes, para evitar un mal peor. Es decir, una desestabilización a la derecha, una forma de golpe. Dentro de la legalidad, evidentemente. En el caso portugués, el centrismo como denominación, o el bloqueo de la política, tendría una peculiaridad legal excelente: la Constitución lo permite al Presidente Ramalho Eanes. El hecho de ser presidente del Consejo de la Revolución, comandante supremo de las Fuerzas Armadas y Presidente de la República agravaría el tema, si desaparece como fuerza dialéctica un presidente de Gobierno, y este lugar lo ocupa alguien dependiente directamente del propio Eanes. Para Salgado Zenha, en el artículo de "O Jornal" en que emite la hipótesis española, todo ello procedería de que la sociedad militar ha puesto un veto definitivo a la posición de líder del Partido Socialista. Parece confirmarlo, como un eco, el coronel Casanova Ferreira, que, en un discurso pronunciado en el cuartel de Abrantes, ha pedido la defensa de las instituciones nacionales contra la masonería internacional promarxista.

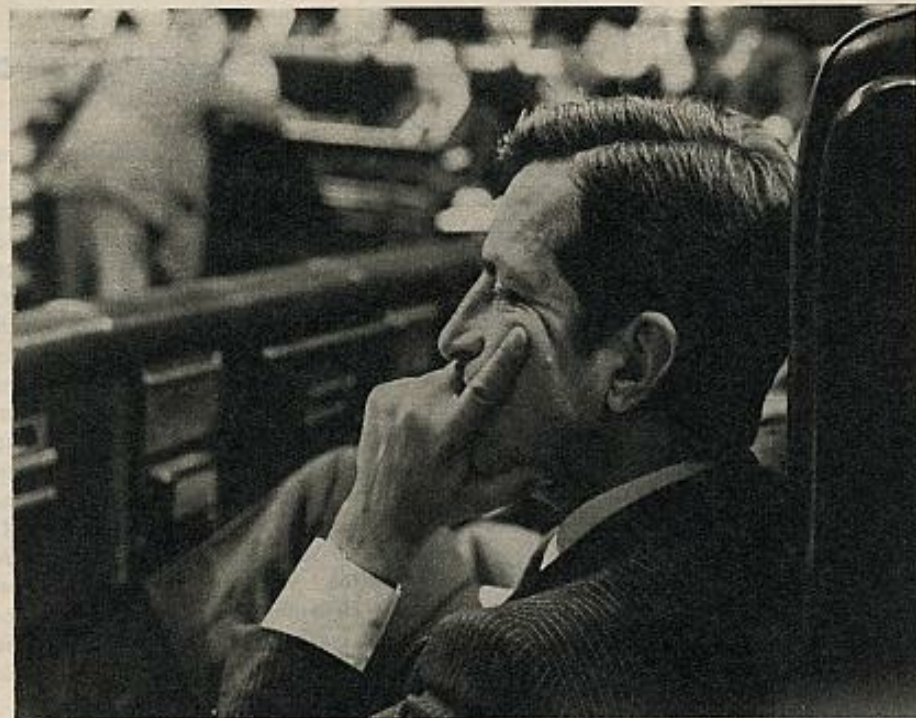
LA idea de la izquierda española es que, si este paso de Portugal se materializa, habrá ido un paso más allá de la "situación española", y estará en el punto que busca aquí la derecha. Es decir, una anulación de lo que consideran como influencia excesiva de las izquierdas en el Gobierno y una democracia fuerte de creación personal. Con otra Constitución, evidentemente, y los esfuerzos para la ruptura de la situación, antes de que el texto constitucional sea definitivamente promulgado, tienden a ello. No hay que desdeñar

las declaraciones del director general de Seguridad, don Mariano Nicolás, en Murcia, cuando denunciaba que "el asesinato de dos militares ha sido en un momento muy difícil para la democracia, pero los habrá peores aún hasta que la Constitución se apruebe en referéndum". Todos sabemos que un acto de ese tipo no va a cambiar el régimen español, pero sí va a servir, una vez más, para buscar justificaciones a actitudes cada vez más radicales contra la actual forma de gobierno en España. Y atizar las posiciones legales de quienes buscan una "solución portuguesa": una manera legal de ocupar el poder y crear una cierta inversión en la situación predemocrática, preconstitucional.

PARA ello están apareciendo, cada vez con más vigor, las candidaturas de los "hombres fuertes". Torcuato Fernández-Miranda acaba de brotar del olvido y el aparente descanso senatorial para sumarse a esa teoría donde aparecen, con diferentes matices, pero suficientemente exaltados en la defensa de unos programas conservadores, hombres como Fraga, Silva,

Osorio. Y Areilza. Cada uno haciendo sus méritos propios, presentándose como más salvador que los demás. Si Fraga alza una voz ruda de acaparador de términos sacros en la tribuna del Congreso, Silva, más allá, votando "no" a la Constitución: un no muy capitalizable en un gran momento, capaz de construir sobre él una biografía de presidente del Consejo. O de primer ministro. Y Fernández-Miranda puede exhibir la confianza de un Jefe del Estado al que ha servido, y que no va a desconfiar en el futuro. Es un hombre con grandes condiciones de salvador. Se les insta a unirse, a reunirse. "Valdría la pena de que Fraga, desde Perbes; Areilza, desde Biarritz, y Osorio, desde Santander, no le tendiesen (sic) urgentes telegramas de invitación a la "Nueva Derecha" (Pilar Urbano, en "ABC"). La casi olvidada voz gangosa del antiguo presidente de las Cortes, Torcuato Fernández-Miranda, con todo el prestigio de su ducado y su Toisón de Oro concedidos por el Rey por los servicios prestados, va a llevar probablemente la voz cantante de la guerra contra la Constitución en el Senado. Mientras se explota desde fuera una situación creada: "La tragedia de los sanfermines de 1978, es decir, la conversión de una

Entre todas las culpabilidades del presidente Suárez, quizá la mayor fuera el no aprovechar el momento para producir las reformas formales que necesitaba.





Ramalho Eanes aspira a un poder personal fuerte, siguiendo el modelo de la Moncloa, capaz de neutralizar el Parlamento y encerrar a los partidos políticos en una situación sin más salida que apoyarle.

de las fiestas más auténticas de España en un caos sangriento: los trágicos atentados contra altos mandos militares, el incumplimiento diario de toda clase de leyes que ya no encuentran un respeto automático, ni siquiera en las cárceles, y la falta de un gran debate nacional que ordene los problemas y las prioridades, en lugar de la cacofonía demagógica y nihilista que oímos cada día, son temas de la más extrema gravedad", escribe Fraga ("ABC") en una demagógica diatriba anarquizante, sin establecimiento de categorías entre los sucesos que enumera, sin un análisis de su procedencia, de su intención: sin siquiera tratar de saber quiénes apuntan tras de todo ello, para qué apuntan y por qué apuntan. Incluso evocando el automatismo del cumplimiento de las leyes, que no es propio de la sociedad democrática, que respeta sus leyes porque las conoce, las discute, las asimila: las elabora. Todo vale en esta campaña. Todo vale, desde declaraciones de Iglesia -Guerra Campos-, denunciando que vamos hacia un país sin Dios, hasta los chismes periodísticos contra Suárez. La campaña va creciendo incesantemente.

PODRA, un día, cualquiera de estos muchos hombres fundamentales, cualquiera de estos ejemplares únicos que se ofrecen ahora, ocupar el poder -legalmente, se entiende-, apoyado y comprendido por toda la gran trama conservadora del país, por los grandes estamentos que ahora toleran el régimen tal como está constituido, pero que entonces le dotarían de toda su fuerza? No es inverosímil, aun en contra de lo que fue una voluntad electoral expresada en el primer referéndum y

en las primeras elecciones generales, y en lo que parece ser hoy el gran conjunto de la opinión pública. La gran derecha actúa aquí, como en Portugal -y aun como en Francia, como en Italia- dentro de unos límites. La gran corriente es la de las democracias formales en todo el mundo occidental: se sabe que salirse de las normas, diferir del gran conjunto, no es viable. No ignoramos que hay a quienes no les importa, quienes creen que, después de todo, un regreso a un régimen como el anterior no sería aplastado directamente por nadie, y que hasta gozaría de ayudas clandestinas. Pero la verdad es que no es de recibo. Lo que se plantea la derecha en España, con otros países conflictivos de Europa, es cuáles son los límites de lo posible dentro de las normas democráticas. Es decir, hasta qué punto la democracia puede seguirse llamando así, en el ámbito nacional y en el internacional, conservando al mismo tiempo todos los resortes de mando, de seguridad para las clases dominantes; hasta qué punto las libertades individuales y los famosos y populares derechos del hombre pueden estar aparencialmente respetados, pero sin una concesión más allá. Hasta qué punto se puede mandar y controlar sin caer en las condenaciones de un sistema chileno; hasta qué punto el trabajo sucio se puede hacer al margen de la gobernación del país, como lo hacen los "incontrolados" argentinos o el Escuadrón de la muerte brasileño. Hasta qué punto se puede tener una izquierda de parque zoológico, como en Marruecos, y unos sindicatos, unos partidos políticos, un Parlamento abierto y un sufragio universal, sin que ello ponga en peligro las estructuras, las familias, los nombres, destinados a la eternidad.

NO era suficiente la fórmula Suárez? Estaba inventada para garantizar todo eso, y prácticamente lo está haciendo así. Hasta el punto de que la izquierda de Portugal teme que su país la adopte. La fórmula Suárez es tan maravillosa que, practicando una política de continuismo en los estratos económicos, respetando y ennobleciendo personas y familias del régimen anterior, sin ningún conato de ruptura real, ha logrado el "consenso" de la izquierda. En el momento de la muerte de Franco, incluso en el de la caída del Gobierno Arias, la gran derecha española hubiera firmado gustosa un contrato para que rigiera en el país una "fórmula Suárez". La prueba es que alguno de los opositores de hoy -Areilza- se fueron mucho más a la izquierda, impulsados por lo que les parecía inevitable, que otros quisieron robársela -Fraga- para inventar el centro, que otros aceptaron formar parte de ella -Osorio, Fernández-Miranda: desde el centro del centro, o desde una línea tangencial- para apoyar ese carro. El carro del triunfador, el carro del hombre que podría salvarlos de un predominio electoral de la izquierda. Entre todas las grandes culpabilidades del presidente Suárez, quizá la mayor fuera la de no haber aprovechado ese momento radiante para producir todas las reformas formales que necesitaba. Y entre todos los pecados de los partidos de izquierda, el más grave y el más peligroso para ellos fue el de limitarse en el consenso a un mero papel de apoyo y a cambiar concesiones por nada. O por casi nada.

LOGICAMENTE, no parece que vaya a prevalecer el designio de la gran derecha, o que vayan a salir adelante los candidatos a la mano de la tejedora Penélope demócrata, que desteje por la noche lo que teje durante el día. No lo parece, porque la Constitución, defectuosa y ambigua, va a saltar probablemente con facilidad, y a pesar de los grandes gritos que se oirán y de los posibles sucesos que sucederán, la altura del Senado; y porque la sensatez nacional va a votarla sin duda en el referéndum. Pero no hay nada seguro. Lo importante es que se cree en el país la conciencia debida, la conciencia justa y necesaria para saber cuánto es el riesgo, cuál puede ser el avance social de la pérdida, cuántas son las libertades que están amenazadas. ■